

EL HOMBRE Y LA LIBERTAD

Justo es comenzar por el hombre y por ese atributo de la humana naturaleza merced al cual, el hombre, puede disponer libremente de sus actos, y que se ha llamado libertad. Y digo que es justo porque es el hombre el sujeto y el objeto de la Política, y sobre el concepto que de él nos formemos tendremos que construir, luego, el edificio que toda gama de principios políticos constituye, y que, desde estas páginas que hoy comenzamos, procuraremos ir analizando para dar a nuestros Cadetes el criterio que les permita rechazar todas esas concepciones y definiciones que, nacidas de la insidia y la ignorancia, corren por nuestros cafés y por nuestras calles en boca de cómodos o malintencionados definidores que no saben, antes de hablar, meditar aunque sea por un momento; enterarse como Dios manda antes de definir; y despojarse de sus pasiones y egoísmos antes de enjuiciar.

Pero eso, camaradas, exige un esfuerzo. Y los que ven en la vida tan sólo lo que de propia vida tiene —vanidad de vanidades— y no un tránsito a otra vida mejor, creen que no merece el menor esfuerzo la busca de una verdad cuando esa verdad condena nuestras pasiones y nuestra conducta, y nos exige sacrificio e incomodidad, y nos obliga a desprendernos de muchas cosas —vanidades— que son regalo de nuestra vida. La dura realidad de nuestros tiempos no nos permite esta postura; reclama de nosotros, la juventud, que nos enfrentemos con ella y la miremos cara a cara sin dejar cegar nuestra vista por la maldad, el egoísmo o el engaño. Luego a aceptarla tal cual es, heroicamente, alegremente, con valor y audacia, no con quejas y lamentos, que Cristo, desde la Cruz, nos enseñó no a llorar ante los hombres, sino a rezar, a pedir protección y ayuda al Dios Todopoderoso. Pero... vayamos a lo nuestro. Volvamos nuestra vista atrás y contemplemos por unos instantes el espectáculo que ofrece la Historia contemporánea: "Vamos a pensar que estamos, por un instante, en el último tercio del siglo XVIII. Del siglo XIII al XVI, el mundo vivió una vida fuerte, sólida, en una armonía total; el mundo giraba alrededor de un eje. En el siglo XVI, empezó esto ya a ponerse en duda. El siglo XVII, introdujo el libre examen, se empezó a dudar de todo. El siglo XVIII, ya no creía en nada;

si queréis, no creían en nada, los más elegantes, los más escogidos del siglo XVIII; no creían ni siquiera en ellos mismos. Empezaron a asistir a las primeras representaciones, a las primeras lecturas en que los literatos y filósofos de la época se burlaban de esa misma sociedad a la que se satiriza. En este ambiente del siglo XVIII; en este siglo XVIII, que todo lo reduce a conversaciones, a ironías, a filosofía delgada, nos encontramos dos figuras bastante distintas: la figura de un filósofo ginebrino y la figura de un economista escocés." Este filósofo ginebrino y este economista escocés de que nos habla José Antonio eran Juan Jacobo Rousseau y Adam Smith. El primero padre del liberalismo político, el segundo del económico. Rousseau afirma que el hombre es superior a todo, y que la sociedad le encadena sin derecho alguno porque el hombre es libre, y debe volver a su libre estado de libertad. Y recogiendo aquella duda que naciera en el siglo XVI como resultado del humanismo y que hizo colocar la razón humana por encima de todas las cosas a los filósofos del siglo XVII, llegar a la entronización del individuo que, como ha dicho el camarada Arrese "le hizo mirar a sí mismo y se encontró fuerte; vió que todo lo que le rodeaba era fabricado por sus manos, y se creyó tanto como Dios, y a fuerza de creerse Dios llegó a querer prescindir de El; a sustituir el culto de Dios-Hombre por el de hombre-dios; a sustituir al espiritualismo por el humanismo." Y eso fué el hombre de Rousseau. Y de esa concepción del hombre surgen, como lógica consecuencia, todos los principios y todas las fórmulas que conocemos con el nombre de liberalismo. De aquí nace la voluntad soberana como producto del concurso de las voluntades de todos los que integran la sociedad; y esta voluntad soberana "que no es la suma de las otras, sino que es consistente por sí misma, es un "yo" diferente superior e independiente de las personalidades que lo formaron con sus asistencias; es la única que puede legislar, es la que tiene siempre razón." Y esa voluntad soberana se tradujo a la práctica en la voluntad de la mayoría, y así el hombre libre, al cual le estaba permitido desentenderse de Dios, de la Justicia, del orden, de la jerarquía, se hizo esclavo de la mayoría.

(Continuará el próximo número)

A LOS CIUDADANOS CONSCIENTES. El editorial del presente número va dedicado a los que no leerán esta apostilla porque a la lectura del título, por ignorancia o manifiesta mala fe, no se darán por aludidos. A vosotros, ciudadanos conscientes, por el donativo que hicisteis a nuestra Organización el pasado día 3, os decimos: gracias, escuetamente gracias. Habéis cumplido con un deber de español.